

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 4 de Setiembre de 1880.

UNA TRADICION CARTAGENERA. BIENVENGUD EL BUENO.

—o—
I.

Espiraba el día 6 de Febrero de 1573.

En los momentos de ocultarse el sol, el vigilante que asistía sobre la cumbre del monte de Galeras dió la señal de alarma á los desonidados habitantes de la ciudad de Cartagena.

Una numerosa escuadra berberisca venia en demanda de la costa amenazando un desembarco.

Las campanas de las casas del Concejo hicieron resonar el toque de rebato, y como consecuencia se operó un movimiento extraordinario entre los habitantes de la poblacion.

En aquellos momentos solo se hallaban en el puerto dos galeras de las armadas de S. M., las cuales pertenecian á la cuatralla (1) del caballero de Montesa D. Jusepe de Moncada, quien por su propia iniciativa fundó sus buques en la bocana y se dispuso á una desesperada resistencia en combinacion con los castillejos, que, como única defensa del puerto, se alzaban en las estribaciones de los montes de Galeras y San Julian.

Pasada apenas media hora despues del toque de rebato, se habian reunido en la plaza Mayor, frente á las Casas del Concejo, los voluntarios á guerra, que, armados de mosquetes y ballestas, componian tres compañías ó banderas, como en aquel tiempo se llamaban, las cuales habian sido organizadas pocos años antes, por el príncipe del Imperio D. Vespasiano de Gonzaga y Colona, enviado á Cartagena por D. Felipe II para que la fortificara y pusiera á cubierto de un golpe de mano de parte de las escuadras otomanas, cuya posesion codiciaban con motivo de la rebelion de los moriscos granadinos.

Las referidas compañías se hallaban regidas á la sazón, por los capitanes Diego de Molina, Pelegro Casanova y Sancho Clemente Cabeza de Vaca; siendo alféreces de ellas, Nicolás Rosique, Pedro de Lietor y Juan de Espin Cobachos, todos ellos hidalgos de gran nota por su valor y sus virtudes.

No pasó mucho tiempo sin que por orden del Alcalde mayor, que lo era en aquel tiempo el licenciado Pedro Ximenez de Valdés, se guarnecieran las murallas, caballero y adarves, y se reforzaran las guardaciones del Castillo (2) y las Casas Reales (3), en cuyo edificio se custodiaban casi dos mil esclavos berberiscos pertenecientes al Rey, destinados al remo de las galeras y á las faenas de los astilleros.

Despues de tan acertadas disposiciones, que lograron tranquilizar un tanto á los cartageneros, el Alcalde mayor esperó los sucesos armado hasta los dientes y al frente de los regidores é hidalgos todos de la poblacion, que constituian un respetable escuadron de hombres de armas á caballo, tan bien montados como armados.

Serian las ocho de la noche cuando los vigilantes de la costa anunciaron por medio de sus fogatas combinadas, que los barcos piratas habian hecho un desembarco en el cabo de Palos.

A cosa de las diez, el sargento mayor de la Costa, Nicolás Garre, el viejo, envió á decir al Alcalde mayor, que despues de haber cargado al enemigo varias veces al frente de la compañía de lanzas que mandaba, se habia visto obligado á retirarse con pérdidas sensibles; ante un numeroso cuerpo de piratas que amenazaba correr el Rincon de San Ginés, por lo cual se habia retirado al convento de dicho santo para poner á cubierto de un golpe de mano las cuantiosas riquezas y las venerandas reliquias que se custodiaban en aquel santo monasterio.

En vista de tan graves noticias, Pedro Ximenez de Valdés, que era un valiente caballero, cabalgó en su corcel y al frente del escuadron de hidalgos se dispuso á hacer una salida, para, en union del sargento mayor, cargar á los piratas y arrojarlos á sus naves, librando á los atribulados campesinos de sus depredaciones y violencias; pero cuando se disponia á realizar su propósito se recibieron noticias de un nuevo desembarco de piratas por las playas de Escombreras, y al mismo tiempo, los vigilantes de la costa de Poniente, hacian señales de que una parte de la escuadra mahometana demostraba conatos de desembarcar gente por las Algamecas y el Portús.

Luego que tales noticias circularon por la ciudad, cundió la alarma de tal modo, que primero con ruegos y al fin con amenazas, se opuso el pueblo á la salida del Alcalde y la nobleza, en quienes veian la garantía más eficaz de una defensa salvadora contra aquellos desalmados enemigos que tanto terror lograban inspirar á las poblaciones ribereñas.

A su pesar, y á fin de evitar una funesta colision, cedió el Alcalde mayor, no sin que se elevaran enérgicas protestas de parte de muchos hidalgos, que no podian resolverse á consentir que aquella horda feroz talara sus haciendas, robára sus ganados y cautivára sus colonos.

Con tal motivo se constituyó el Concejo en sesion permanente, y en su despacho por aquella inaccion forzada y tampoco de su agrado, los regidores é hidalgos de la poblacion aguardaron los sucesos con la ansiedad del que teme catástrofes sin cuento.

II.

Veamos lo que entretanto sucedia en una casa blasonada de la rampa del Castillo, hoy cuesta de la Baronesa, casa que aun al presente existe, aunque reedificada, y en la cual tiene establecido su acreditado colegio el presbítero Sr. D. Pedro Ros.

En un herinoso camarín, sobre un lecho de roble, incrustado de bronce y velado por cortinas de damasco y rico gorgorán, en los cuales se ostentaban los nobilísimos blasones de las familias Bienvenud y Clemente Cabeza de Vaca, yacía una dama moribunda que oprimía contra su pecho á una hermosa niña de seis años, la cual estaba dormida con ese sueño dulcísimo y tranquilo de que suelen disfrutar los niños en el regazo de sus madres.

Contra una de las robustas columnas de aquel lecho casi mortuario, se apoyaba un hidalgo de activo y noble continente, ann-

que en aquel instante revolaba en su rostro la preocupacion y el desaliento.

—¿Cómo os sentis, doña Maria?—preguntó el caballero á la doliente dama.

—Siéntome bien;—le contestó la enferma, proyectando una forzada sonrisa en sus descoloridos lábios, y en una voz afona y fatigosa, —mañana, cuando el sol temple la atmósfera, cuento abandonar el lecho, si tal os place á vos, querido caposo y señor mio.

Ahogó un doloroso suspiro el caballero.

Solo hacia algunas horas que los médicos más afamados de la poblacion habian pronosticado un desenlace funesto.

Segun estos, su ilustre esposa, doña Maria de Osete y Clemente Cabeza de Vaca, que solo contaba veinte y siete años, sufría de una tisis incipiente é incurable que debia llevarla muy luego al sepulcro.

—Contad, señora mia, con mi asentimiento, —contestó el caballero con ternura, —¿que me pedireis vos que yo no otorgue con placer?—Pero paréceme, añadió, —que el hablar os fatiga.

—No tal, Bartolomé, —le contestó doña Maria haciendo un grande esfuerzo para hablar con voz sonora y natural y acariciando con amor la rubia cabellera de su preciosa hija. —Esta hermosa cabecita —continuó, sonriendo de una manera forzada, pesa sobre mi pecho....

—Apartadla, señora mia, —contestó el hidalgo con aian y alargando sus manos para poner en práctica su consejo.

—No, no la toqueis, —le replicó la dama con viveza. —¿No veis que al tocar á este ángel de mi vida vais á interrumpir su sueño plácido y tranquilo?

—Como querais, esposa mia, —le dijo el caballero ahogando otro suspiro; —pero procurad dormir: yo velaré vuestro sueño en mi contigua cámara.

Bartolomé de Bienvenud salió del camarín de su esposa enjugando dos lágrimas que desprendidas de sus ojos bañaron su semblante varonil y hermoso.

Un anciano camarero le esperaba en la puerta de su cámara.

—Señor, —dijo este respetuosamente al hidalgo; —su señoría el Alcalde mayor ha enviado á un corchete para decir á su merced que le espera en el Concejo. Ya sabrá su merced la grande alarma que hay en la ciudad desde hace una hora, con motivo del desembarco de piratas.

—Si, lo sé, buen Alonso, —contestóle el caballero preocupado. Y despues de un momento continuó: —¿Qué te ha dicho el corchete atento de mi tardanza en acudir al Concejo?

—Señor... no me atrevo... —titubeó el anciano camarero.

—Habla; dí lo que has oido. —Le ordenó imperiosamente el caballero.

—Pues bien, señor, —dijo aquel bajando los ojos con timidez y con acento inseguro. —Dice el corchete que todo el mundo extraña la ausencia de vuestra merced y que el señor Alcalde mayor está muy irritado...

—¿Tienen razon que les sobran! —esclamó el caballero con fiera. —¿Cuando se ha visto á un Bienvenud hacer oido sordo á la voz del honor, á la defensa de su patria? ¡Esto es una mengua tan solo digna de un villano! Alonso, —gritó con ronca voz á su sirviente y señalando con su diestra á un trofeo de armas defensivas y ofensivas de las llamadas á la gineta, que decoraba el

muro de su cámara; —descuelga esa armadura y ayúdame á ceñirla. ¡Dios me perdone, —murmuró, —si oso abandonar á estos pedazos de mi alma en los momentos en que la una se halla próxima á morir y la otra á quedar huérfana de la más amorosa de las madres! ¡Huérfana...! ¿Y si llegara yo á morir?... —esclamó con un dolor profundo pasándose la mano por la frente y vacilando en su resolucion.

—Pero nó... —añadió con la firmeza indomable de los héroes, —no me vencerás maldita tentacion. Me llamo Bienvenud, y si nobleza obliga, á mi me arrastra toda una pléyade de ascendientes tan honrados como fieles á su patria y á su rey. Concluye, Alonso, —continuó escitando al anciano que mientras su amo murmuraba las ante dichas frases, se ocupaba en armarle con toda la premura que su vejez le permitía. —Cálzame las espuelas, dame la espada de mi padre que harto conoce el camino por donde se llega al negro corazon mahometano, y cuida de que mi viejo Ramirez me espere armado en la plaza del Concejo con mi caballo sultan por el diestro.

Pasado un breve rato, embozado en su capa y con el capacete echado hacia los ojos, para no ser notado por las gentes, descendió Bartolomé de Bienvenud por la rampa del Castillo, cruzó la calle del Escorial que se prolongaba en aquel tiempo por la parte del Sur hasta llegar á la muralla, atravesó la plaza del Concejo y subió las escaleras de éste con paso mesurado, entrando en el salon de sesiones en el que se hallaban todos los regidores é innumerales caballeros, armados todos en guerra y presididos por el Alcalde mayor, que, dejando á un lado la loba, vara y birrete de justicia, se habia ceñido la armadura, daga y espada de combate.

Despues de contestar al saludo del hidalgo Bienvenud, el Alcalde mayor le miró de pies á cabeza con aire de provocacion.

El hidalgo soportó aquella mirada con dignidad, necesitando ochar mano de toda su paciencia para no contestar de otra manera á quella provocacion insultante que en otras circunstancias menos graves, no habria tolerado el caballero ni siquiera del Adelantado.

En aquellos momentos, en medio de un exaltacion, varios regidores manifestaban su impaciencia por la inaccion á que les obligaba la enérgica actitud del pueblo cartagenero.

Bartolomé de Bienvenud, que se habia hecho cargo de la situacion, apesar de su bravura notoria en Cartagena, en los tercios de Flandes y aun en las mismas costas berbericas, permanecía encerrado en una prudente reserva en medio de la exaltacion de sus compañeros, á quienes chocaba aquel silencio.

Pedro Ximenez de Valdés miraba de vez en cuando á Bienvenud de una manera impertinente.

Por fin, despues de una de aquellas miradas, le preguntó con un acento equívoco en que se trasparentaba la ironia.

—Decid, señor Bartolomé de Bienvenud, vos que sois capitán, ducho en cosas de guerra y que os abona fama de valiente, ¿no se os ocurre algun consejo? En verdad, me extraña ese silencio que guardais desde que estais aquí, sobre todo, siéndome conocida la elocuencia que en nuestras juntas empleais.

—Digo, Señor Alcalde mayor, —le con-

(1) Escuadrilla compuesta de cuatro galeras.
(2) Conocido despues con el nombre de La Concepcion.
(3) Importantísimo establecimiento militar, cuya detallada descripcion podrán encontrar los lectores en nuestra novela histórica "Luis de Narvaez."